Mariposas y nenúfares

Mar

Capítulo 1

Yo solo se de mí

De mis veranos infantiles en una playa del norte, el mar frío y envalentonado lanzándome a la orilla entre olas y risas

De granizados de limón con mi vestido de nido de abeja al lado del puerto, viendo escanciar sidra a mi tío Pepe

De un seiscientos que no subía el puerto y había que parar para echarle agua al motor recalentado, entre mareos y protestas que los mayores aguantaban con un estoicismo abnegado y resignado

De botas ortopédicas que me fastidiaron los pies para siempre

De pelusas cuando dejé de ser la reina de la casa, princesa destronada por los príncipes varones herederos

De mi padre regalándome un vestido a rayas rojas y blancas para ir a ver a su atleti jugar al balonmano porque el fútbol no era para chicas

De Don Manuel enseñándome a Lovecraft, y a Alas, y a Cernuda, y a tantos…

De la miopía creciendo imparable al amparo de una linterna devorando aventuras de elfos y orcos

De óleos y lienzos acompañándome en la bicicleta buscando el ángulo perfecto de la silueta de un monte

De permanente alborotada en el banco número Once escuchando a Leño en el loro rodeados del humo de maría

De universidad y ex-grises no tan ex persiguiendo estudiantes en la Gran Vía Complutense

De movidas en Rock-ola apurando movidas y romances efímeros como solo puede ser la “cándida adolescencia”

De cartas de amor y acordes de guitarra que hablaban de una piel de melocotón

Del muro de Pink Floyd y del muro de Berlín, y de otros muros que derribaron el mundo imperfecto que creíamos libertario

De Bogart y Bergman, del Imperio de los sentidos, de Sueños de un seductor, de Pepi, Lucy y Bom y tanta gente del montón

De otros puntos de vista detrás de una cámara, y perspectivas y ángulos a través de la lente del que empieza a ver sin velos

De almas gemelas unidas con lazos de colores, risueños y cogidos de la mano, diario vivo de mi vida, también diario muerto

De una mirada cómplice y compañera, que supo verme y sentirme hasta el último suspiro, amoroso y atroz

De un corazón latiendo de nuevo acompasado,
recompuesto por cuatro horas de descargas eléctricas
en la fría mesa de un quirófano y en la cálida silla de
una sanadora de emociones

De treinta pares de ojos que se renuevan cada año
escuchándome como si tuviera algo importante que
decirles cuando son ellos los que lo hacen importante

De un par de ojos que me miran y me leen y me dejan
latidos nuevos y besos nuevos, rimando versos de
acero y miel

Sé muy poco, pero me sé

Capítulo 2

Los tiempos de silencio son tiempos de reflexión. No callamos porque no tengamos nada que decir, no nos quedamos mudos por prudencia o por temor al error, nos callamos para escucharnos a nosotros mismos. Es un ejercicio complejo, y extenuante. Porque no tenemos esa costumbre, nadie nos enseñó y es difícil aprender. Es fácil culpar a algo externo el que nos sintamos mal, es fácil ver en lo que nos rodea al culpable de nuestros problemas y sinsabores. Lo difícil es la introspección, buscar la raíz de las frustraciones y las desilusiones en nuestra actitud, en nuestros pensamientos negativos, en nuestros fantasmas mal domados que pululan a sus anchas y ocupan tanto espacio, malgastando nuestras energías y apagando nuestro ánimo, y nuestra alegría.

Hace tiempo escribí sobre el Joy. Encontré esa palabra mientras me documentaba sobre un relato de ficción cuya protagonista era una mujer del medievo. Escribí este párrafo:

"… el Joy, emanado de la mujer, atributo capaz de inspirar a los hombres el gusto por la cortesía, por la poesía y las acciones heroicas y que no es otra cosa que el amor al amor….. Al final, todo se reduce a amar, y lo que eso implica: respeto, confianza, complicidad… amar el amor. Siempre fue el miedo el que mantuvo a las mujeres privadas de derechos elementales, el miedo

y la religión, que es el que mejor lo ha sustentado siempre. En privado, solo y siempre ha habido personas. Buenas y malas, eso es lo que marcaba las diferencias. En realidad, todos somos igual de malos o igual de buenos. O igual de regulares. Personas que practican el amor y personas que practican el odio. Indistintamente. La privación de esos derechos no ha sido nunca cuestión de sexos, sino de leyes. Pero en su casa cada uno aplica su propia ley. En su casa y en su vida."

A veces, aquello que más deseamos es lo que se nos escapa: "la vida es aquello que vivimos mientras hacemos otros planes", alguien dijo. Decía bien. Ahora lo que he procurado practicar con mimo, con dedicación, es lo que se me escapa. Ahora solo veo desconfianza, solo veo ojos que me miran con recelo, con sospecha. Ahora solo veo caos, desorden que trata de empujarme a un abismo de dudas en el que no quiero caer.

Ahora toca un tiempo de silencio. Para encontrar mi Joy otra vez. Un tiempo en el que haya respeto, confianza y complicidad conmigo misma. Un tiempo en el que no me niegue, ni me abandone, ni complacer a otros me vuelva opaca. Roy le dijo al Blade Runner que vivir con miedo significa ser esclavo. Pero no dijo esclavo de qué.

Hoy he pensado: sí, es miedo: a dejar de ser para ser

para otros, no para mi; es desdibujarme, desvanecerme, difuminarme.

El miedo a perder a quien amas es el peor miedo. Y para combatirlo, tratamos de ser como el otro quiere que seamos. Y erramos, porque la ambición de la perfección conduce a la destrucción, porque dejar de ser uno mismo es la peor mentira, la más cruel, la más destructiva.

Toca un tiempo de silencio. Toca quererme a mi, amalgama imperfecta que no has sabido amar sin miedo. Toca decir si y decir no cuando toque, siendo yo misma. Toca aceptar que no soy la chica de tus sueños, que no soy el sueño de nadie. Que soy, tal cual, y sin más, y sin menos.

Thomas Mann escribió esta frase para cerrar La montaña mágica: “De esta fiesta mundial de la muerte, de esta mala fiebre que incendia en torno tuyo el cielo de esta noche lluviosa… ¿se elevará el amor algún día?”

Ojala así sea, y se eleve…

Capítulo 3

Había cumplido con creces las obligaciones que le habían impuesto desde su nacimiento y que eran indisolubles de su posición social. Pudo disfrutar de una educación acorde con su rango, y la había aprovechado yendo más allá de lo estimado conveniente gracias al beneplácito de su padre, convencido por la insistencia dulce pero firme de su madre.

Se sabía desde niña destinada a unirse con uno de los banderizos juramentados de su padre, El Señor, y el elegido fue el mejor de todos ellos, el más noble y el más poderoso, tal y como lo ordenaban los códigos del linaje. No se permitió plantearse ni imaginar que no fuera a ser así. Simplemente lo aceptó como algo inevitable. Y había afrontado esa unión con su mejor disposición y entrega. Había parido dos hijos y gobernado su casa con la imagen de su madre como modelo. Se había ganado el respeto de todos, además del cariño de algunos.

Desde la atalaya de la torre había observado a los caballeros que volvían de la enésima escaramuza librada en las tierras fronterizas llevando en una improvisada parihuela a su esposo muerto. Ahora, esos mismos caballeros y muchos otros vasallos, la observaban a ella mientras daban al cuerpo la digna sepultura que merecía. Le resultaba más fácil permanecer serena y muda que acompañar los gritos de las plañideras… No estaba obligada a mostrar públicamente señales de dolor y lo agradecía… Habría sido una impostura indigna de su nobleza y de la suya propia. Mostrar su respeto y aflicción con la quietud y

serenidad de su rostro le parecía la mejor forma de rendirle tributo.

No era solamente la lealtad lo que había llevado a todos los banderizos a la ceremonia. La posición que iba a asumir tras la muerte de su esposo era un tanto extraordinaria. Sus hijos, aún niños, y la falta de parientes varones consanguíneos le daban el derecho y el deber de gobernar las posesiones con autonomía, sin interferencias ni inclusiones, hasta que su hijo alcanzara la mayoría de edad. Y no era lo único: si su hermano, el actual Señor, no tomaba esposa y moría sin descendencia, su hijo heredaría también el señorío principal. Y sabía que todos lo tenían en mente… demasiado poder para recaer en una sola mano.

Desvió la vista del punto inconcreto que había estado enfocando y se encontró con los ojos de su hermano. Nunca habían cruzado demasiadas palabras; habían aprendido desde niños a comunicarse con la mirada. Observó la determinación de su gesto, la sobriedad de su atuendo, la espada poderosa, la cicatriz del cuello… Y lo que leyó en su ojos era lo que ella ya se había dicho y repetido durante aquellas horas…

"Hazlo bien, nos jugamos mucho…"

Le intentó transmitir la confianza de la que siempre se habían congratulado: un afecto más allá de los lazos fraternales de la sangre, una complicidad especial que desde niños les había acompañado.

"No debes temer nada", le decían los suyos… *"Soy yo, tu hermana, la que bien conoces… y no voy a fallar".*

Leyó en su gesto apenas perceptible que el mensaje le

había llegado con claridad, y sintió como observaba con aprobación su cabello recogido en la fina red de hilo; el velo de duelo sujeto bajo la barbilla, el sencillo brial de seda sobre el sayal encordado y la regia capa de piel sobre los hombros… No había heredado el cabello dorado de su madre, ni sus ojos azules, ni su piel nacarada… Pero combinaba el donaire admirado en una dama con una recia apostura que desmentía una fragilidad femenina. Unas cualidades que, acompañadas por la misma determinación que su hermano en el brillo verde acerado de sus ojos castaños, le habían ayudado a granjearse una merecida fama de mujer de firme carácter y fuerte personalidad, poco comunes en una mujer. Y en esa jornada, se empleó a fondo en destacarla y hacerla valer…

Cuando los banderizos se marcharon, subió a la atalaya como cada tarde, pocos minutos antes de la puesta de sol, y buscó el viejo roble semioculto entre los árboles que daban comienzo al bosque. Anochecía rápidamente y pronto solo habría oscuridad.

"No ha venido… no le ha parecido oportuno hacerlo"…

Esperó hasta que la noche fue completa, sin apenas pestañear, sintiendo ese nudo en el estómago que le erizaba el vello, y el alma… Pero no brilló ninguna antorcha. Solo había oscuridad…

"No has venido… no debías … sabía que no lo harías"…

Escuchó el leve aleteo de su túnica rozando en el silencio de la noche las losetas del empedrado cuando se dio la vuelta para bajar a reunirse con su hermano para la cena, y se esforzó por componer el gesto apropiado, la máscara que siempre llevaba para él,

para todos… la que infundía seguridad y aplomo, orgullo y honor. Pero lo que deseaba en ese instante era sentir sus brazos rodeándola…

"Mañana vendrá… mañana sí…"

**** Dedicado con amor a Rober, que me lo inspiró.***

Capítulo 4

Era meticuloso, ordenado, cauteloso, callado…

Un día les había sorprendido dentro de la cueva que estaba cerca del remanso del arroyo adonde iba siempre que podía escabullirse de la vigilancia de sus mentores. Aquel era su rincón favorito, no muy alejado de la Casa, pero lo suficientemente recóndito para pasar desapercibido. Le habían advertido cientos de veces del peligro de alejarse y vagabundear ella sola por esos parajes, pero necesitaba esos momentos de aislamiento, de soledad.

Aquel día, cuando oyó voces al acercarse desde la espesura que rodeaba su escondite, se asustó y se refugió detrás de uno de los árboles que protegían la entrada. Aguzó el oído y, sorprendida, reconoció la voz de su hermano. No supo decidir si aquello le suponía un alivio o empeoraba su situación. Se quedó agazapada, escuchando la conversación que mantenía. Hablaba con alguien de la importancia de las algaradas que lograban minar la confianza de los rivales además de conseguir importantes botines y evitar bajas gracias a la sorpresa, el sigilo y la rapidez. Aquella segunda voz tenía un acento extraño, extranjero… Trataba de disuadir a su hermano para que evitara las batallas a campo abierto, explicándole que aunque pudiera resultar vencedor, no supondría un beneficio ni material ni territorial, por no hablar de la pérdida inútil de

efectivos, y que era más rentable realizar maniobras que debilitaran la estabilidad y seguridad del rival, así como la de súbditos y aliados.

Cuando trató de acercarse un poco más para escuchar con más claridad, sintió el crujido de una rama bajo sus pies. Supo inmediatamente que la habían descubierto al escuchar el silencio repentino de su hermano y su amigo extranjero. Le pareció absurdo permanecer escondida alentando una alarma injustificada, y salió para que pudieran verla, esperando un torrente de reproches que no serían agradables de soportar… Vio a su hermano salir de la cueva y acercarse a ella con una expresión de furia en los ojos, pero también de alivio…

Había vuelto varias veces a esa cueva con su hermano, que había decidido llevarla con él porque sabía que seguiría escapándose sin remedio, y le pareció mejor tenerla controlada. Aquello había supuesto una constante fuente de felicidad para ella, una aventura más allá de ella misma…

Era un ritual metódico, elaborado, … anhelado...

Le quitaba los chapines y le acariciaba suavemente los tobillos hasta que empezaba lentamente a subir sus dedos por las pantorrillas, recreándose en palpar la elasticidad de sus músculos en tensión, como si esculpiera sus piernas y las moldease, calibrando la suavidad de su piel y la temperatura de su cuerpo… sus manos la recorrían despacio, cálidas, firmes, una caricia interminable hasta que llegaba a las nalgas… y entonces la elevaba, agarrándola fuerte y levantándola del suelo, y la sonreía, milagro que iluminaba esos ojos negros que la amaban…

Subía cada atardecer a la atalaya y buscaba con su mirada el viejo roble esperando ver la luz de su antorcha, recordando el calor de esa piel morena, el susurro de ese extraño acento que era su música, la fragancia oscura de sus rizos…

Ya era mañana…

Capítulo 5

Capítulo 6

Imagina seda
que roza levemente la piel de mi espalda
deslizándose desde los hombros hasta los muslos...
Imagina encaje
Ciñendo caderas y pechos, corchetes gritando por abrirse,
tus manos siendo el corpiño que abraza mi cuerpo.
Contienes deseo
que alimenta un torrente de besos que viertes en mi nuca,
bajando por mi cuello,
llegando hasta mi ombligo,
abriéndome en canal para beberme ávido,
lenguaraz y carnal bocado que busca consumirme.
Agotas mi garganta,
sofocas mis gemidos cubriéndome denso y lleno,
plegándome a tu cuerpo sin resquicios ni vacíos,
llenándome de todo.

Capítulo 7

Hay personas que te pintan una sonrisa genuina y espontánea en el rostro en cuanto las avistas. Alfonso es una de esas personas. Un compañero de trabajo al que pusimos un sobrenombre: "que dios nos lo guarde muchos años". Siempre amable, siempre generoso, atento, siempre dispuesto, sin un mal gesto ni una mala cara. Un encanto de persona. Tiene una de esas miradas limpias y transparentes tras las lentes de sus gafas que hace que inmediatamente te sientas bien.

Hace ya bastantes años, conoció a Eunice, la que desde entonces es su esposa. Un agnóstico convencido que se enamoró de una mujer religiosa, perteneciente a la iglesia de los Evangelistas, y que poco a poco fue integrándose en esa comunidad, supongo que secta para algunos, y que le hizo cambiar sus conceptos espirituales.

Desde que están juntos, siempre han querido tener un hijo. Nunca han podido. Cientos de pruebas, tratamientos, intentos, decepción tras decepción y dos o tres abortos. Nada que hacer. Nos contaba que él estaba bien así, pero que Eunice se había instalado en una especie de tristeza y frustración de la que no sabía como sacarla." Ahora que creo en los milagros", decía, "no pierdo la esperanza."

Antes de verano, nos contó que a María, una amiga de su parroquia, una madre soltera y sin familia, le habían detectado un tumor y estaban, a temporadas, cuidando de su hijo Daniel, que entonces tenía 3 años. Durante las estancias de María en el hospital, o en las fases de

su tratamiento en las que la debilidad le impedía ocuparse de él, ellos le atendían. El otro día me dijo que María había muerto. Y que el pequeño Daniel se había quedado con ellos, y que la madre había dejado escrito en su testamento que quería que Alfonso y Eunice se hicieran cargo del niño, que ellos fueran sus padres cuando ya no estuviera.

Habían llevado a Daniel al hospital para que pudieran despedirse madre e hijo, y cuando murió le dijeron que su madre se había ido al cielo. Están esperando que la ley les confirme la custodia definitivamente para poder adoptarlo legalmente. Mientras tanto, Daniel vive con ellos. "Vas a conseguir que yo también crea en los milagros", le dije. Me sonrió, diciéndome: "Lo es, es un milagro que el hijo que tanto habíamos deseado haya llegado así, de esta manera. ¿Sabes? Cuando Daniel se despierta por las noches y llama a Eunice, dice... ¡¡mamá... mamá de la tierra, ven...!!. "¿Que es eso de mamá de la tierra?, le pregunté." Me contestó: "Daniel dice que su mamá María es su mamá del cielo, y Eunice es su mamá de la tierra".

Y mientras me lo contaba, se me empañaron los ojos. Y también a él. "Algún día, te contaré la historia completa, porque hay más de un milagro". Y sonrió como siempre, con esa bondad que rara vez vemos en las personas, y pensé que era maravilloso que a una bella persona como él le hubiera sorprendido la vida de una forma tan hermosa.

Capítulo 8

Verás...

Una se cree (parafraseando a Serrat) que al pasado lo mata el tiempo y la ausencia.

Una se cree, en su infinita ingenuidad, que las cosas son fáciles, sencillas. Como un polo de palo. Como el asa de un cubo.

Una se cree, ilusa y llena de gracia, que puede vivir sin contaminarse del aire tóxico que flota y envuelve.

Una se cree que es lista, y sensata, y leída. Una se cree que ha vivido y que ya sabe lo necesario.

Una sabe lo que siente y lo que piensa. Si, eso es sencillo, y fácil, lleno de la paz de un remanso, con el sabor fresco del limón.

Una sabe lo que siente y lo que piensa, y sabe sentirse y pensarse. Y lanza, generosa, chorros de colores por sus poros, que anegan campos lejanos y recónditos. Cuando vuelve, días después, ve que ha crecido una hierba verde y mullida, iridiscente, en la que apetece tumbarse y solazarse, mirando al cielo.

Una se cree que existe la Arcadia, y tiene pruebas. Una vez, la vio a través de un agujero en un muro: miró y allí estaba, y cogió sus bártulos y se aventuró, dejándose arrullar por versos y besos como alas de

mariposa.

Una es cursi como ella sola, y pedante. Una de esas soñadoras que se ponen flores en el pelo y se montan en los columpios, al anochecer, cuando los niños ya no están y nadie la mira mal. A veces, incluso lo hace a pleno día aunque la miren mal. Hay miradas que no ven, y no hay que mirarlas.

Verás...

Tengo un mundo que solo es mío. Que atrae y repele a partes iguales. Una cicatriz en la cabeza que me hice con un barco de metal en pleno secano. Tengo mucho frío en invierno, y mucho calor en verano. Los mesetarios somos como nuestra tierra: austeros y secos, sobrios y duros, curtidos por vientos y solanas que no dejan crecer los árboles. ¿Has visto alguna vez una puesta de sol sobre los molinos manchegos en primavera? No hay paraíso en el mundo que lo iguale, ni verdor, ni exhuberancia, ni océano. Te sientas en una colina con un cucurucho de aceitunas y queso en aceite y contemplas el rojo de la tierra, el rosa del azafrán, el añil de la siempreviva, el verde de las viñas, el azul del silencio... y todos se van fundiendo, y deshilando, tiñendo el cielo con un arcoiris errático y loco, que derrama magia sobre el horizonte infinito.

Esa es mi Arcadia, la que vi de niña agitada por ese viento solano que hace enloquecer lúcidamente, rodeada de ovejas, a los pies de las ruinas de un castillo, cuando todavía te dejaban soñar e imaginar un mundo de colores, como los cuadros del mantel que cubría la cesta de la merienda.

Capítulo 9

Qué raras son a veces las cosas, las personas, la vida. Qué extraña me ha resultado siempre la maldad que veo, consciente por mucho que la disfracemos de inconsciente, en algunas personas. Ignoro qué placer produce, pero debe ser grande para que se practique y se siga practicando. Ignoro qué placer produce el engaño, la mentira, la maledicencia y la cizaña. Debe ser mucho cuando se practica, se ha practicado y se sigue practicando por parte de algunos a quienes tengo que llamar mis congéneres, que no mis iguales.

Podemos equivocarnos, podemos meter la pata, podemos no medir adecuadamente las consecuencias de nuestras palabras o actos, pero intencionada y deliberadamente hacer daño a alguien de forma calculada, fría y racional es algo que se me escapa… no lo entiendo, y jamás lo entenderé. No me cabe en la cabeza.

Si alguna vez hacemos daño a alguien, pedimos perdón. Humildemente. Errores, un comportamiento egoísta… es humano, pero sin mala intención.

Lo que si tengo claro es que es imposible buscar el cariño y la confianza en alguien que ha decidido, consciente o inconscientemente, odiarte o no apreciarte. Tampoco entiendo demasiado el odio cuando es tan fácil ignorar a quien no te interesa. Supongo que una cosa va unida a la otra. También ignoro el porqué. Pero también tengo claro que ser ignorante en ciertas cuestiones protege del contagio. No quiero eso para mí, cuanto más lejos mejor… Que

me tachen de lo que tantas veces me han tachado: de gilipollas… pues vale. A ver si ser gilipollas después de todo no es tan malo, que casi me empieza a parecer un piropo si serlo significa eludir y evitar esa maldad que me resulta tan ajena a la naturaleza humana, a mi naturaleza.

Es terrible hacer daño a quien se quiere, pero hacer daño a quien no quieres es de locos… ¿Qué me odias? Es fácil. Evítame. ¿Qué te caigo mal, como se dice en lenguaje vulgar? Pasa de mi. Es fácil. ¿Qué te soy antipático? Ignórame. Es fácil. ¿Le aporto algo positivo a tu vida? ¿No? Pues olvídame, es fácil.

En resumen: que es fácil dejar a la gente en paz y no molestar. Y con Dios…

Capítulo 10

Juan es un compañero de la escuela, un profesor de la "vieja" escuela, un carca como le llaman los alumnos cuando le ven aparecer, uno de los “yayos” que llevan la profesión en las venas y han decidido compartir su sabiduría, que es mucha, con los jóvenes que quieren dedicarse a ella y empiezan a dar sus primeros pasos.

Juan les enseña lo que no está escrito. Literalmente. Les enseña lo que nunca encontrarán en ningún libro porque se aprende trabajando en el día a día. Les enseña modos, maneras, trucos, estilo y sobre todo, eso tan difícil de enseñar que es el saber estar. Genio y figura. Si al principio le toman por un cascarrabias al que miran con recelo comparándole con un abuelo cebolleta sobrado y con mal genio, a los pocos días de conocerle le adoran. Le aprecian porque descubren que cada palabra que les dice está llena de razón y de sentido común. Con él maduran, aprenden en el más amplio sentido del término, no solo conocimientos sino humanidad, responsabilidad y amor por una profesión tan compleja.

Cuando los alumnos terminan la escuela, le siguen llamando. El siempre da su teléfono y su mail. Para lo que necesitéis, les dice. Y ellos utilizan ese privilegio para que les asesore, les ayude e incluso les acompañe

a los rodajes y así puedan apoyarse en él. Nunca le he visto decir que no. Siempre acude a las llamadas, dispuesto a echar una mano.

Hace un par de semanas le vi algo pachucho. Andaba con faringitis, me dijo. Cuídate entonces, no te fuerces, cúrate bien que luego esas cosas se complican y lo que es para un par de días al final tienes para una semana. Eso le dije. Una frase hecha, como tantas. La semana pasada, llamó a la escuela para decir que le habían detectado un cáncer. En el hígado. Hoy he entrado a un claustro a hacerle una consulta a un profesor y allí estaba. No esperaba verle, pero allí estaba. Me he acercado a él, con todos los demás profesores sentados alrededor de la mesa y le he dado dos besos. ¿Cómo estás? Me ha mirado de una forma imposible de describir y me ha dicho. Mal, muy mal. Estoy desahuciado. Seis meses o un año me dan sin tratamiento, y dos si me doy quimio y radio. ¿Qué se dice ahora? ¿Que te mejores? Solo me ha salido preguntarle ¿Y como estás, como te sientes? Asumiéndolo, me ha dicho. Haciéndome a la idea. Pero no se por donde empezar…

Estaba muy cerca de él, rodeándole con mi brazo, y podía oler el eucalipto del caramelo que estaba comiendo. Ya no recuerdo qué otras frases hemos intercambiado… algo sobre la vida, sobre que aquí estamos de paso, que si necesita algo, que mi terapeuta trata personas con enfermedades terminales y que si quería le daba su teléfono, que mi ex murió también de cáncer y sabía por lo que iba a pasar, que

se preparara e intentara, más que nunca, rodearse de cariño. Frases hechas. Frases hechas y no por ello menos sentidas.

He salido a la calle, ahogándome. Me brotaban las lágrimas como un río. Me he quedado ahí, bajo la lluvia, mirando los árboles que ya están en flor, y, como siempre que algo duro te golpea, he vuelto a decidir lo que siempre decido y siempre olvido. Carpe diem. No queda otra. Aprovecha y disfruta del momento y de lo que la vida te va ofreciendo, y no pierdas tiempo en lamentos ni en disputas. Y rodéate de quienes te quieren, y punto pelota. Hacia delante y sin mirar atrás. Y hasta siempre, Juan. Mientras no te olvidemos, estarás vivo. Y no te olvidaremos.

Capítulo 11

Cuando no se tiene nada que perder, es fácil ganar. Cuando no se tiene, el amor que llega es un regalo. Siempre lo es, pero cuando pasas de los cuarenta empiezas a verlo como un tesoro recóndito y lejano.

Los amores pasados los cuarenta destilan el olor de la tierra mojada. Ese olor áspero, fresco e intenso del polvo reseco que se empapa sin formar charcos, porque absorbe el agua como un secante. Tienen el sabor picante y abstracto del curry mezclado con el chutney de mango: exótico, inesperado y sorprendente. Y el tacto atropellado de un terciopelo tachonado de lentejuelas.

Será que a esa edad el amor es extravagante. Nos aburren las medias tintas, las dudas, las indecisiones, la pereza y la desidia de los amantes. No nos sirven los quizá, los puede ser, las esperas. Ya hemos aprendido a no hacer planes, eso se queda para los jóvenes que aún planean. Los cuarentones caminamos sobre una tierra firme o con socavones, lo que toque, pero sin querencia por los tropiezos innecesarios e inútiles.

Saber lo que se quiere es exigente. Rotundo en su transparencia. Ya no perdemos el tiempo, lo invertimos. Lo disfrutamos. Dame una hora, dame un mes, un año, pero a cara descubierta, sin mentiras y sin medias verdades que suenan a mentira y media. Los juegos ya

no sirven, que se queden para la cama, o donde toque el revolcón, ese es su sitio. Hasta llegar ahí, solo pide lo que quieres, sin volteretas ni saltos mortales atigrados o no, y mirando de frente, que es la única forma honesta de mirar y de pedir.

Haz un ramo de deseo, de guiños y caricias, y ponle un lazo hecho de besos cómplices y lengüetazos ávidos, y mordiscos hambrientos. Y muchas risas, por favor, que ya sabemos como está el patio, pero el mío es particular y ríe, ya lo creo, a mandíbula batiente, a pecho descubierto y a medias bajadas a medio muslo. Que lo cortés no quita lo valiente, y ya hemos dejado la ñoñería de princesa en el baúl de los olvidos.

Y el amor. Qué bien se vive cuando ya se ha vivido y ya se sabe. Qué pleno cuando ya hemos aprendido a reconocerlo entre esos otros sentimientos y emociones equívocas y despistadas como palos de ciego. Qué bueno es para algunas cosas hacerse mayor y mirarte y ver que las arrugas están talladas por historias que te han hecho sabio y valiente. Que para lo que me queda en el convento… pues eso.

Capítulo 12

Cuando se prefieren las tramas a los desenlaces, se corre el peligro de entrar en una vorágine sin fin y mareante… Dicen que las mujeres disfrutamos con el proceso y los hombres con el objetivo. Que esa es una de las razones por las que estamos condenados al desencuentro y al desentendimiento. No es que no queramos entendernos, es que no podemos.

Pura física, fisiología, química y anatomía, corporal y mental tan diferentes como la noche y el día. Si nos empeñamos, solo lograremos tropezar con la misma piedra una y otra vez, hasta la eternidad… Una frustración extenuante, aburrida y descorazonadora.

Si las mujeres aprendiéramos mejor a terminar las historias, a concluirlas, en lugar de seguir dando vueltas y vueltas a algo que ya lleva muerto mucho tiempo, mejor nos iría. La sensatez parece a menudo reñida con nuestra emocionalidad. No concluimos, no cerramos. Seguimos esperando el "continuará", el "a lo mejor", el "y si…", el "quién sabe" y anhelos parecidos. Queremos que continúe la trama, por eso triunfan los culebrones en la tele. Y por eso sufrimos cuando terminamos un libro, una película, una serie o una relación. Nos queda una sensación de pérdida que nos acongoja, no somos buenas para aceptar los finales. Nos cuesta pasar a lo siguiente.

Y esto me ha brotado porque subiendo las escaleras hasta mi despacho he escuchado unas notas musicales al abrir el ordenador… no sabía de dónde venían, si era la música que había puesto un compañero, si es que estaban ensayando en los estudios… si me había dejado conectados los altavoces y había alguna página abierta… Sea como sea, alguien ha hecho que volviera a escuchar una hermosa canción que tenía casi olvidada. Yo también prefiero las tramas a los desenlaces, me gusta más el trayecto que el objetivo… Porque cambiar el paso para ponerlo en la misma fase que otros pasos… que eso ocurra... eso es magia, una realidad imaginaria, como el condado de Yoknapatawpha...

[youtube]http://www.youtube.com/watch?v=QgZBKNdo8gs[/youtube]

Capítulo 13La comitiva la encabezaba el cura, vestido con la casulla de liturgia; el alcalde, con banda reglamentaria y vara de mando, y dos acólitos con su ropa de los domingos y boina bien cepillada. Desplegaron todo el fausto que les era posible con los medios de que disponían. Prácticamente, ninguno.

El camino reseco y agrietado como una cáscara de nuez desprendía un polvillo pegajoso que se quedaba asentado en la garganta. La casa, un chamizo en realidad, exhalaba miseria a manos llenas. Encarna, una belleza marchita que sujetaba en la cadera a su hijo pequeño, legañoso y polvoriento como el aire que respiraban, les abrió la puerta.

El alcalde se quitó el sombrero y se cuadró casi marcialmente, impostando la voz con un tono tajante:

-Venimos a por el niño de los milagros.

La mujer ni se inmutó. La resignación se había instalado de forma tan honda en su espíritu que vivía por inercia, sin esperar nada y sin esperanza alguna. Su mirada era tan desolada como su habla.

-Está ahí dentro.

Los acólitos entraron y encontraron al niño, sucio y babeante, dentro de una espuerta deshilachada. El movimiento errático de los ojos y el bamboleo de su cabeza le daban un aspecto desmadejado, como un títere huérfano. El alcalde alargó una bolsa con monedas que Encarna cogió sin dirigir ni una mirada de despedida a su hijo, cerrando la puerta con un golpe seco.

Durante la misa, los feligreses rezaban fervientemente por una lluvia que esperaban con angustia. El cura carraspeó mientras unos a otros se azuzaban con las miradas. El cáliz con la sangre consagrada esperaba. El Tuti se adelantó y mojó la hostia antes de comulgar. Después desfilaron todos los demás hasta vaciarlo.

Al atardecer, una lluvia densa y caliente empapó la tierra.

Capítulo 14POR FAVOR, QUE ALGUIEN ME DIGA COMO SE BLOQUEAN LOS MALDITOS TRACKBACK, QUE ME ESTÁN BREANDOOOOOOOOO... !!! GRACIAS

Capítulo 15Llegué a no soportar su mirada. Los ojos se habían quedado sin brillo. Y la piel ya no olía de la misma forma, ni tenía el mismo tacto, se había vuelto áspera y fría. Hasta su voz sonaba extraña, ronca, cavernosa. Me daba miedo. Cuando escuchaba la llave girando en la cerradura, un sudor frío me cubría el cuerpo y el corazón se detenía, y los latidos se reanudaban entrecortados, golpeándome el pecho.

La primera vez que me incomodó su mirada fue, lo recuerdo bien, en una exposición de Jean Giraud. No le di importancia, achaqué al cansancio aquella mirada vacía tan desconocida. Pero cuando regresó de su viaje, dos semanas después, la transformación era ya evidente. Palpable. Se había vuelto pétreo, no de una forma metafórica, sino real. Como si su cuerpo se estuviera recubriendo de una casi imperceptible capa de granito.

Entonces no tenía noticia de aquel virus. Nadie de mi entorno, ni en los periódicos, ni en ningún otro foro de información, había oído hablar de esa enfermedad. Ahora que está alcanzado cotas de pandemia, a nadie le extraña, y convivimos con ella de forma familiar, pero entonces era otra cosa… entonces era aterrador observar a las personas amadas convertirse lentamente en bloques cada vez más rígidos. No se ha descubierto hasta la fecha la causa exacta, ni se ha podido comprobar que se transmita por contagio. A unos les ocurre, a otros no. Parece algo aleatorio, accidental: una rifa. No hay cura, de momento. Ni muerte. Las personas, simplemente, se vuelven de piedra. Las calles están cada día más llenas de estatuas.

Capítulo 16La mirada que observó al otro lado de la mirilla no le gustó. Tenía algo inquietante y oscuro que le provocó un rechazo instintivo. Antes de decidir si abría o no la puerta, aguzó la vista para cerciorarse. Entonces se dio cuenta que estaba mirando su propio ojo reflejado.

Capítulo 17—Dijiste que seríamos amigos

—No puedo, te quiero todavía

—Los amigos se quieren, es lo lógico

—Pero no así... así no puedo, no puedo verte, me duele

—Te acabo de ver

—¿Que me acabas de ver?

—Si, besando a tu nueva novia, en el café de siempre

—Ajá

—Eso es lo único cierto que has dicho, ajá

Capítulo 18*Piruja* apoyó la escoba en la pared, colgó el sombrero en el perchero y guardó la manzana envenenada en la alacena. En el tocador se quitó la verruga y la nariz ganchuda, desenredó su pelo hasta dejarlo brillante, aclaró sus ojos con colirio, se puso el albornoz rosa y entró a la habitación de sus hijos para darles las buenas noches.

—¿Nos lees el cuento de Blancanieves, mami?

La bruja suspiró, resignada. Ni siquiera en casa podía olvidarse del trabajo…

Capítulo 19Un problema inesperado, imposible de posponer y que requería una solución urgente le trastocó los planes del domingo. Cuando se quedó sola reparó en el alboroto que había dejado en la casa los dos días de amor en los que solo habían existido caricias, palabras y miradas. Después de fumarse un cigarrillo en la terraza, hizo un sitio en el armario y ordenó las cosas que él había dejado, para que las encontrara ordenadas la próxima vez.

Capítulo 20Desde hace un par de semanas alguien se fuma mis cigarrillos. No consigo dormir por el calor, así que me levanto, preparo una limonada y salgo a la terraza. Lío un cigarro y espero el fresco de la madrugada para volver a la cama. Sin saber cómo, el cigarro aparece apagado y aplastado en el cenicero. La primera vez pensé que había sido yo y no lo recordaba, pero ahora sé que no es así. Noche tras noche ocurre lo mismo. Hoy había carmín en la colilla. Y yo vivo solo. Y no tengo carmín en casa.

Capítulo 21En la recoleta población de Valdeminas no se recordaba un suicidio que hubiese levantado una expectación tan inusitada como el del señor Colmenar. Los vecinos estaban congregados alrededor del viejo olmo, donde el ahorcado despedía unas emanaciones azules que bailaban con el revoloteo de miles de luciérnagas naranjas. Sin ninguna duda, había sido un suicidio precioso. Tanto, que aquellos que tenían programada su muerte en los días siguientes decidieron posponerlo porque, ya se sabe, las comparaciones son odiosas y el señor Colmenar había dejado el listón muy alto.

La curiosidad por averiguar lo que había provocado semejante maravilla estética, tan etérea y espectacular, les llevó a descubrir que la tarde de autos el finado plantó alrededor del olmo unos tulipanes tardíos, tomó un baño con sales de jazmín, utilizó un after-shave de magnolias y merendó después unas tortitas con nata y sirope de chocolate acompañadas de un té verde sin azúcar adornado con el pezón de un limón.

Cuatro de los vecinos acordaron repetir el mismo ritual y fijaron una fecha después de consultarlo con la adivinadora Neus, cuyas acertadas predicciones estaban absolutamente contrastadas. El día señalado, siete repiques de campana anunciaron el acontecimiento y todas las puertas se abrieron al unísono, escupiendo a los emocionados vecinos que acudieron prestos a contemplar el suicidio grupal. Después de quince minutos esperando inútilmente, la multitud decepcionada se dispersó lentamente, lamentándose del fiasco y dejando los cuatro cuerpos en las ramas con su soso balanceo.

Cuentan que unas prospecciones rutinarias del canal

desvelaron que en el terreno que rodeaba el viejo olmo reposaba una enorme bolsa de gas, y que eso explicaba las emanaciones. Quién sabe.

Las luciérnagas naranjas continuaron siendo un misterio…

Capítulo 22Verónica buscó el álbum de sus sueños que solía dormir en la tercera estantería, al lado de Alfanhuí. Al abrirlo cayó sobre sus zapatos un polvo ocre y fino, como de harina de almortas… la avena loca de la ribera del Henares, tan familiar. Había sentido la necesidad de rememorar el sueño P-27, uno que tuvo veinte años atrás, cuando casi rompió con su primer novio después de una pelea de enamorados. Era uno plácido, de los que le daban la tranquilidad de las nanas cantadas a media voz en las noches de otoño, cuando ya empiezas a taparte con el edredón y a usar pijama. Hablaba sobre árboles abrazados por enredaderas, bajo los que se tumbaba a leer en voz alta los poemas de Cernuda mientras Monty Clift le masajeaba los pies con aceite de almendras. Siempre soplaba una brisa leve que traía el olor a humedad del río cercano.

Dos noches antes había recurrido al V-16, un sueño de adolescencia que solía buscar después de discutir con su madre, porque le venía muy bien para desahogarse. Contaba la venganza que había planeado para castigar a los matones del instituto que dejaron colgado de una de las perchas del gimnasio a Lalo, un compañero tímido y noble, que solo sabía hacer cosas buenas, y al que consideraban un blandengue. Estuvo allí casi una hora hasta que le oyó el señor Sánchez, el conserje, y encima, el profesor de latín le puso falta pensando que estaba haciendo pellas. Lalo pasó tanta vergüenza cuando se enteró todo el mundo de lo ocurrido, que ya no salió de su autismo durante los dos años que todavía duró el bachillerato. Normalmente, después del V-16 buscaba el A-12, uno de autoestima que completaba el desahogo, en el que se tiraba de cabeza desde el trampolín más alto de la piscina del polideportivo, consiguiendo una de esas entradas limpias y sin salpicaduras, de medalla de oro olímpica.

Estaba preciosa con un bañador azul cielo, y un gorrito blanco, morena y esbelta como Katherine Hepburn en Historias de Filadelfia.

Un martes, su amiga María llegó llorosa al trabajo porque la tarde anterior, cuando entró en su casa, había encontrado muerta a la cacatúa Paquita. Se acordó entonces de Lula y releyó el B-32, un sueño en el que su gata no moría de un cáncer de pulmón, sino que se escapaba una noche y ella la buscaba por todo el barrio bajo la lluvia, gritando su nombre, hasta que por fin la encontraba entre unas cajas de embalaje del callejón del Ahorramás, asustada y calada hasta los huesos. Entonces la protegía bajo el impermeable, como Audrey en Desayuno con Diamantes, y mientras la acariciaba con mimo, aparecía Steve MacQueen, con la cazadora sujeta por un dedo echada a la espalda, acercándose sonriente. El cielo se abría y un sol radiante sacaba destellos dorados de las gotas que resbalaban por su pelo… Era un sueño tan bonito que buscó otro de similares características, pero sin gata, donde Gary Cooper taladraba una roca como en El Manantial, sudoroso y con las venas marcándose en su antebrazo por el esfuerzo, de tintes eróticos muy adecuados para antes de cenar. Acababan galopando por una playa hasta llegar al faro de Barro, donde se amaban sin fin sobre la espuma de las olas.

Mientras pasaba las páginas para encontrarlo, se dio cuenta de que casi todas las pesadillas habían palidecido, y muchas eran ya una página en blanco sin rastro alguno de insomnio, agitación, sudor frío o garganta seca. Decidió que era mejor no volver a utilizarlas para nuevos sueños y las arrancó, cerrando

el álbum y devolviéndolo a su sitio junto a Alfanhuí.

Al caer la tarde, tendiendo las sábanas de la colada, escuchó a la Señorita Flora cómo intentaba convencer a un grafitero para que arreglara el desaguisado del pintor que la malpintó en la fachada de la peluquería treinta años atrás. Le pedía, suplicante, que la embelleciera para así poder enamorar al galán que vendría pronto del otro lado del océano para conocerla. A este sueño lo etiquetó como esperanzador: E-47.

Capítulo 23Estaba desnudo cuando la copa estalló. El disperso mapa que formaron los cristales clavados en su cuerpo le obligaron a permanecer quieto, mientras diminutas gotas de sangre empezaban a mezclarse con su sudor.

Ana llegó a la cocina alertada por el ruido. Se le quedó mirando, calibrando la situación, y le preguntó si lo que se había roto era una de las copas de cristal Val Saint Lambert. Él le contestó que mucho se temía que sí. Ana emitió un suspiro de resignación y fue al baño a buscar las pinzas y un algodón empapado en agua oxigenada. Le arrancó las esquirlas de los hombros y los brazos. Acarició las nalgas y luego los muslos. Siguió su recorrido hasta los pies y giró subiendo de nuevo por las piernas. Se detuvo antes de llegar a las caderas, entreteniéndose en uno de los trozos que estaba engastado justo en la ingle, muy cerca de la arteria femoral.

Ana se incorporó y comenzó a quitarse la ropa. Le pidió que no se moviera y se pegó a su cuerpo, sintiendo los pinchazos en su pecho.

–Acarícíame la espalda. Todavía tienes cristales en los dedos. Aráñame con ellos.

–Ana… noto los trozos clavados en mi polla. ¿Qué pasará si me excito?

–No sé– dijo Ana–. Quizá salgan expulsados por la presión. No lo pienses.

Rodaron por el suelo envueltos en abrazos mientras los añicos del cristal se les incrustaban en la piel. El brillo de la luna, que alcanzó sus cuerpos en ese instante,

alumbró la belleza de los infinitos destellos manando de la sangre reflejada en los restos del Val Saint Lambert, que se derramaba por las baldosas blancas como una lluvia roja de estrellas.